

quemase el estandarte que habia servido para la proclamacion del reinado de Fernando VII, recibió al clero y á las autoridades con estremada severidad, adoptó para con ellas la actitud de un conquistador irritado que habiendo adquirido todos los derechos de la guerra, se halla dispuesto á ejercerlos, y se propuso no ceder mas que aquello que la clemencia de su hermano pudiese recabar de él.

Tanto en los almacenes de Burgos, como en algunos pueblos de las inmediaciones, habia una cantidad considerable de lanas, pertenecientes á los mas ricos propietarios del reino, tales como el duque de Medinaceli, el de Osuna, el del Infantado, el de Castel-Franco, y otros, á los cuales se proponia Napoleon cargar bien la mano, á fin de hacer gracia á aquellos cuyas fortunas eran inferiores. En esta atencion, ordenó que fuesen confiscadas las lanas, cuyo valor ascenderia á 42 ó 45.000.000 de francos. Su proyecto era venderlas á un precio ínfimo al comercio de Bayona, con el fin de proteger la fabricacion francesa y dedicar en seguida el producto, ora á la indemnizacion de

el ejército de Estremadura ha sido destruido, sucumbiendo ante una carga del general Montou.

«Si sabeis algo de la parte de Orduña, ó de los mariscales Lefebvre y Victor, escribidmelo. Lo único que me ha hecho permanecer aqui, ha sido la esperanza de recibir de ellos alguna nueva.

«El general Dejeau, que tiene á sus órdenes en Miranda mil caballos, ha recibido orden de proteger el paso de los españoles que os son adictos, los parques que se dirigen sobre Burgos, los caudales etc.

«NAPOLEON.»

los franceses que habian sufrido pérdidas en Valencia, Cadiz, y otras varias ciudades de España, ora para aumentar los caudales del ejército. Hasta entonces, todas cuantas banderas habia conquistado á los ejércitos enemigos, fueron enviadas al Senado. Queriendo, pues, que el Cuerpo legislativo tuviese tambien su parte en estos trofeos, hizole donacion de las doce banderas cogidas á los guardias walonas, deseando atenuar por este medio el mal eco que producía en Francia la guerra con la España.

Pero todos estos cuidados no eran para él mas que cuidados accesorios. Lo principal, lo mas urgente, lo que mas ocupaba su atencion eran las operaciones militares. Habiendo llegado el 41 á Burgos, espidió en aquel mismo dia al general Lasalle con su caballeria ligera sobre Lerma y Aranda, para que rechazase á los españoles hasta el pie de los montes de Guadarrama, y para que limpiando el pais, preparase el camino á las columnas que debian coger por retaguardia á los ejércitos españoles. Mientras que el general Lasalle le precedia directamente, dió orden para que marcharan por la derecha sobre Valladolid los dos mil dragones de Milhaud, con el encargo de acuchillar á los fugitivos, hacer prisioneros, deponer á las autoridades instituidas en nombre de Fernando VII, y de reemplazarlas con otras en nombre de José. Pero lo que urgía principalmente, y lo que se apresuró á ejecutar, dando un solo dia de descanso á las tropas, fué el encaminar desde Burgos sobre Reinosa al mariscal Soult, con el segundo cuerpo de ejército, á fin de que cayese sobre la retaguardia de las tropas de Blake. En efecto: hallándose ya

en Burgos, y habiendo ejecutado la primera parte de su plan, era llegado el momento de retroceder á derecha é izquierda sobre la retaguardia de los ejércitos españoles, y de comenzar por el que mandaba el general Blake, contra el cual convenia marchar sin dilacion alguna, si se queria cogerlo por la espalda, mientras que lo atacaban por el frente otras tropas francesas. Napoleon ordenó al mariscal Soult, que partiese á marchas dobles el 12 por la mañana, y que, haciendo un movimiento en retaguardia á la derecha, se dirigiese por Canduela sobre Reinosa. Era muy probable, que si el ejército de Blake habia sido batido, tropezase en su retirada con el mariscal Soult, y que, si en vez de retirarse en orden, como suelen hacerlo los ejércitos organizados, venia en dispersion trayendo á bandadas los insurgentes, lograria cuando menos recoger algunos restos. El mariscal Soult llevaba orden para marchar desde Reinosa sobre Santander, á fin de someter las Asturias. A juicio de Napoleon, no podian menos de resultar de esta marcha una doble ventaja: la de envolver á Blake en primer lugar, y en segundo la de restituir el segundo cuerpo de ejército, que, como ya hemos dicho, se hallaba anteriormente al mando de Bessieres, á su primitivo destino, que era ocupar á Castilla la Vieja y el reino de Leon, provincias ambas que no le eran desconocidas, y en las cuales estaba habituado á operar. Otro de sus proyectos era llamar adonde él se hallaba á los mariscales Lefebvre y Victor, los cuales, en el momento mismo en que terminasen sus operaciones en Vizcaya, debian volver á Vitoria á recoger su artillería, que no habian podido llevar consigo á causa del pais mon-

tañoso que tenian que recorrer, y dirigirse en seguida por Miranda y Burgos sobre el camino de Madrid. El mariscal Soult, que habia partido con su artillería, en atencion á que verificó su marcha por el camino real, tenia todo cuanto necesitaba para emprender las operaciones que se le habian encomendado nuevamente.

Desde aquel mismo dia, empezó Napoleon á pensar en los medios de proporcionarse un considerable refuerzo de tropas. Hablábase vagamente en Burgos de los ingleses, y por algunos prisioneros, á quienes se les habia interrogado con maña, llegó á saberse la presencia de tropas británicas en los caminos que desembocan desde Portugal en territorio español. Otros hablaban asi mismo de soldados ingleses, desembarcados en la Coruña, sobre los cuales se decia que iban encaminándose por Astorga sobre Leon. Las cartas interceptadas en correos contenian las mismas indicaciones. Era, pues, evidente, que, sin saber la época á punto fijo, llegaria el caso de combatir con ellos en las llanuras de Castilla la Vieja, ora porque viniesen desde Lisboa sobre Salamanca, ora porque, habiendo desembarcado en Galicia, se dirigiesen desde la Coruña á Astorga. Napoleon no creia tenerlos tan cerca de sí, como en efecto se hallaban, porque el plan británico iba llevándose á ejecucion putualmente. Los destacamentos de John Moore habian pasado ya de Badajoz y Almeida, y las tropas de sir David Baird, las cuales se logró, al fin, que fueran recibidas en la Coruña, avanzaban sobre Lugo y Astorga. Pero el que los ingleses se hallasen mas ó menos cerca, importaba muy poco á Napoleon, puesto que éste deseaba por el

contrario que se internasen de tal modo en la Península que no les fuese posible luego retroceder, y á fin de poder darles un buen golpe, ocupábase en adoptar las disposiciones necesarias. Anticipadamente habia resuelto que no se incorporase al mariscal Soult el cuerpo de ejército del general Junot, traído de Portugal á Francia conforme á lo estipulado en la capitulación de Cintra, que los ingleses cumplieron lealmente á pesar del mal efecto que habia producido en la Gran Bretaña. Para la época á que nos referimos, ya habia dado tambien las órdenes oportunas á fin de que el mencionado cuerpo fuese reorganizado, y equipado de manera que se hallase lo antes posible en estado de volver á presentarse en línea. Espidíólas nuevamente desde Burgos para que la primera division, la del general Delaborde, pasase el Bidasoa el 4.º de diciembre, mandando al propio tiempo que la segunda, al mando del general Loison, emprendiese inmediatamente la marcha detrás de la del general Delaborde, y que la tercera, cuyo mando acababa de conferir al general Heudelet, pero la cual se hallaba menos preparada que las otras dos, siguiese á estas en el plazo mas corto posible. Napoleón no dudaba, que este cuerpo de ejército, cuyos soldados se hallaban ya bastante aguerridos, arderia en deseos de vengar la jornada de Vimeiro, y dudaba aun mucho menos, el que no fuese capaz de lograrlo. Oponiendo, pues, á los ingleses las tropas del mariscal Soult y las del general Junot, parecióle que ya podría desde Madrid, adonde se proponia hallarse en breve, emprender sobre sus flancos y sobre la retaguardia alguna maniobra tanto mas decisiva, cuanto que asi les daba tiempo

para que se internasen mas. En esta atencion, limitóse por entonces respecto á los ingleses, cuya aparicion era tan fácil de prever, á preparar los medios para detener mas tarde su marcha.

Después de la partida del mariscal Soult, Napoleón, que se habia quedado en Burgos únicamente con la guardia imperial y parte de los dragones, aceleró el movimiento de las dos divisiones del mariscal Ney sobre esta ciudad, destinándolas á que operasen después sobre la retaguardia de las tropas del general Castaños, asi que él hubiera concluido con el general Blake, y le fuese posible desguarnecer su centro en favor de su ala izquierda. A este fin trazó el itinerario del mariscal Ney por Haro, Pancorbo y Bribríesca.

Mientras que el mariscal Soult iba caminando hácia las Asturias, sobre la retaguardia del general Blake, los mariscales Lefebvre y Victor continuaban persiguiendo á este general español á través de Vizcaya. No habiendo encontrado el mariscal Lefebvre resistencia alguna para entrar el 7 en Guñes, se dirigió el 8 á Balmaseda, recogiendo en las cercanías de Bárcena la division Villatte, la cual habia sido agregada á sus tropas por algunos dias. El mariscal Victor, por su parte, á quien se reprendiera por haber tratado de alejarse de Vizcaya, habia retrocedido por Orduña, Amurrio y Oquenda sobre Balmaseda, y en el dia 9 logro reunirse en las inmediaciones de esta poblacion, con el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre, el cual habia obtenido, merced á la nueva direccion que se le habia designado, la ventaja de recobrar la division Villatte, y la de poder encontrar y batir á un enemigo en el cual habia entrado ya la desmoraliza-

zacion. Habiéndose avistado, pues, el mariscal Victor con el mariscal Lefebvre en el mencionado dia, prometióle concertar su marcha con la suya. Pero en la mañana del 40, temiendo una vecindad que podria privarle de nuevo de la division Villatte, seapresuró á rechazar á todo trance al general Blake hasta las gargantas de Vizcaya, las atravesó en seguida sin perder momento, y en la tarde de aquel mismo dia llegó al otro lado de los montes, cerca de Espinosa, poblacion importante por hallarse situada en la confluencia de todos los caminos de la llanura y de la montaña. Desde Espinosa podia, en efecto, dirigirse por un espacioso camino, ora á Bilbao, ora á Santander, en el caso de decidirse á marchar hácia los montes; y si por el contrario preferia descender desde la montaña á las llanuras, podia dirigirse por un camino igualmente cómodo, ora á Villarcayo, ora á Reinosa, y llegar en cualquiera de los dos casos ó á Burgos ó á Leon. El general Blake habíase propuesto disputar tenazmente el mencionado punto, y el mariscal Victor combatir hasta apoderarse de él: verdad es que éste contaba con que se le incorporaria el general Lefebvre en caso preciso, á pesar de que se había separado sin verle ni prevenirle. El mariscal Lefebvre, que habia seguido la misma direccion, escogiendo un camino paralelo al que llevaba el mariscal Victor, sin separarse del valle, pero un poco inclinado á la izquierda, y bastante a retaguardia, iba en extremo resentido de que su colega, partiendo de improviso, no le hubiese dicho nada ni mandado comunicacion alguna acerca de las operaciones que debian ejecutar en comun. Felizmente bastaba uno solo de los cuerpos de ejército france-

ses, destinados á la persecucion del general Blake, para derrotarlo, atendida la mala organizacion de las tropas españolas, y lo irresistibles que eran los soldados de Napoleon, que habian entrado recientemente en España.

El mariscal Victor llegó hácia el medio dia de la jornada del 40 á Espinosa de los Monteros, y encontró al general Blake, situado sobre unas alturas de difícil acceso, en las cuales habia tomado posicion con bastante inteligencia. Quedábanle á este general de treinta á treinta y dos mil hombres de los treinta y seis mil que contaba cuando contramarchó sobre Balmaseda, y tenia ademas seis piezas de artilleria que le habian enviado desde Reinosa, por cuanto la suya no era posible conducirla al través de las montañas. Ninguno de los dos ejércitos la llevaba consigo, y batíanse sin artilleria y sin caballeria con el fusil y la bayoneta. ¡Gracias que pudieran seguirles algunas acémilas cargadas con provisiones y cartuchos!

El general Blake tenia á su izquierda alturas escarpadas y pobladas de bosque; hácia su centro un terreno accesible, pero lleno de cercas; y á su derecha una esplanada de bastante elevacion, aunque no de tanto como las alturas de la izquierda, poblada tambien de bosque, y resguardada ademas por un pequeño rio, el Trueba, que seguia su curso desde las montañas por detrás de esta posicion. El Trueba atraviesa por Espinosa de los Monteros, poblacion situada justamente detrás del punto donde se hallaba el centro del ejército español. Lo mejor que podia hacerse por tanto, era batir una de las dos alas de los insurgentes, imperlarla hácia su centro, y precisar luego al grueso de

las fuerzas á que se arrojaran hácia Espinosa, cuyo puente único no bastaría para facilitar el paso á todo un ejército puesto en fuga. Lo avanzado de la hora y lo cortos que son los dias de noviembre, no daban ciertamente esperanzas de que pudiese ejecutarse todo esto en una sola jornada.

Al desembocar por el camino de Edesa el general Villatte, cuya division formaba la vanguardia del mariscal Victor, distinguió al ejército español en aquella posicion respetable, y con las seis piezas de artilleria colocadas en el centro de su linea. Aun cuando aquel ejército habia sido vencido constantemente desde el principio de las operaciones, la actitud que presentaba no carecia, sin embargo, de cierta firmeza. El general Villatte mandó avanzar á la brigada Pauthod, compuesta del 27.º de ligeros y del 63.º de linea, y ordenando al primero de estos regimientos, que hiciese replegar á los españoles sobre las alturas en que se hallaba apoyada su izquierda, prescribió al segundo que se presentase en batalla ante su centro, para contenerla. Con la segunda brigada, compuesta del 94.º y del 95.º de linea y al mando del general Puthod, atacó la esplanada, cubierta de bosque, donde se apoyaba la derecha del enemigo. Era, pues, necesario avanzar sin artilleria contra un ejército que la tenia, aunque poca, y conquistar todas las posiciones tiroteándose ó á la bayoneta. Felizmente se prestaba muy poco el terreno que tenian delante de sí al empleo de otras armas, que las que llevaban en aquel momento los franceses. Los soldados del marqués de la Romana, situados sobre la esplanada, se defendieron valientemente é hicieron un fuego mortifero sobre nuestras tro-

pas, resguardándose de ellas al abrigo del bosque. Venciendo, empero, el general Puthod con los regimientos 94.º y 95.º todos los obstáculos, invadió la esplanada, penetró en el bosque, y desalojó de él á los españoles, obligando á algunos de ellos á huir desapoderadamente hácia el Trueba, al paso que los demas se replegaron sin gran desorden sobre su centro. Mientras que nuestra brigada de la izquierda sostenia este vivísimo combate contra la derecha del enemigo, el 27.º de ligeros, perteneciente á la brigada de la derecha habia estado tiroteándose en guerrilla con los españoles al pie de las alturas de su izquierda, y el 63.º habia tenido necesidad de cargar varias veces á la bayoneta para contener su centro. Este combate no dejó de ofrecer grandes dificultades, y hubiera podido ser espuesto á contingencias con otras tropas, mediante á que solos siete mil hombres peleaban contra mas de treinta mil. Pero el mariscal Victor llegó con las divisiones Ruffin y Lapisse, y apresurándose á apoyar á la division Villatte por derecha é izquierda, iba ya á empeñar á fondo la batalla, cuando levantándose á cosa de las cinco una densa niebla, que impedia á los dos ejércitos el verse, los obligó á remitir para la mañana siguiente el fin de esta lucha. Creyéndose, segun costumbre, victoriosos los españoles, sin otra razon mas, que por la de no haber sido completamente derrotados, encendieron hogueras en su campo, y daban gritos de gozo, proclamando su victoria. Estábales reservado, empero, que aquella satisfaccion no fuese mas que momentánea.

El 14, al despuntar el dia, el mariscal Victor volvió á comenzar la batalla para darla un térmi-

no decisivo. Con sus tres divisiones reunia la fuerza de unos diez y siete á diez y ocho mil combatientes, número que consideraba mas que suficiente para batir á los treinta y tantos mil españoles con que contaba el enemigo. Desde la noche anterior habia reemplazado á los regimientos 94.º y 95.º de línea, que se habian estado batiendo durante toda la jornada de la víspera, con el 9.º de ligeros y el 24.º de línea, pertenecientes á la division Ruffin, apoyados en retaguardia por el 96.º de línea. A estos tres regimientos del general Ruffin, que reemplazaban á la brigada Puthod, estaba reservado el terminar la victoria á nuestro flanco izquierdo sobre la esplanada, cuyo pie baña el Trueba. El general en jefe ordenó á la primera brigada de la division Lapisse, al mando del intrépido y valiente general Maison, que apoyase al 27.º en nuestra ala derecha, á fin de desalojar á los españoles de las alturas escarpadas y pobladas de bosque sobre las cuales tenian establecida su izquierda, y precipitarlos sobre Espinosa, cuyo puente era el único camino que les quedaba para emprender la fuga. Para sostener en el centro al 63.º del general Villatte, habia mandado al 8.º de línea, perteneciente á la division Lapisse. El 54.º de línea, que tambien correspondia á esta division, quedó de reserva para mandarlo al punto donde se le considerase mas necesario.

Al despuntar el dia púsose en movimiento el general Maison á la cabeza del 46.º de ligeros, cuyo ardor corria parejas con el 27.º del general Villatte, y trepando bajo un fuego nutridísimo á las alturas que estaban á nuestro flanco derecho, las tomó á la bayoneta, mató algunos gefes del ejército

enemigo, y un gran número de oficiales y soldados, y obligó á los españoles, secundado por el 45.º á replegarse hácia su centro, ó sea sobre Espinosa. A este mismo tiempo, el 63.º, al mando del bizarro Montou Duvernet, y el 8.º de línea, iban rechazando á los españoles de cercado en cercado sobre el terreno rebajado y estenso que formaba el centro de la posicion. Logrando nuestras tropas apoderarse sucesivamente de todas las tapias, arrojaron por fin á los españoles sobre Espinosa de los Monteros, en el momento en que el general Maison acababa por su parte de hacer otro tanto, y les cogieron sus seis piezas de artillería. La brigada de la izquierda, conducida por el general Labruyere, habia terminado igualmente su empresa, obligando á la derecha de los españoles á replegarse en un recodo que forma el Trueba, donde se habia aglomerado una masa inmensa, la cual presentaba la forma de un cuadro repleto de combatientes, colocados asi para que resistiesen mejor el choque de nuestras tropas. Rechazado el enemigo de todos los puntos, é impelido por todas partes á caer sobre Espinosa, introdujose en sus filas la mas espantosa confusion, y dió á huir en el mayor desórden, apiñándose un gran número en el puente de Espinosa, á fin de pasar el Trueba, y precipitándose otros en su cauce á fin de pasarlo á nado. Desde este instante ya no fué una retirada la que emprendieron los insurgentes; era una derrota, una dispersion inaudita de treinta mil hombres, llenos de espanto y de terror, y los cuales huian apiñándose unos sobre otros con toda la celeridad que presta el miedo. En un terreno llano, y con alguna caballería, todos ellos hubieran caído en nuestro

poder ó sucumbido á cachilladas. Disparando sobre ellos nuestras tropas de alto en bajo, ó alcanzándolos con las puntas de las bayonetas, mataron ó hirieron cerca de tres mil hombres; mas solo pudieron coger unos cuantos centenares de prisioneros, porque su agilidad no igualaba ni con mucho á la de los montañeses fugitivos. Nuestra pérdida fué de unos mil cien hombres entre muertos y heridos, número que no dejaba de ser considerable, atendida la proporcion que guardaba con la que habíamos sufrido en otros encuentros, y la cual era debida á la naturaleza del terreno, que nuestras tropas habian tenido que conquistar. Pero si no nos fué dado hacer en aquella jornada muchos prisioneros, conseguimos, en cambio, desorganizar completamente el ejército de Blake, lo cual era mucho mejor. Este general, cuyos gefes subalternos habian sido muertos ó heridos casi todos, entregóse á la mas honda desesperacion al ver que ya no le quedaba ejército en torno suyo. Los asturianos se habian dispersado en el mayor desórden sobre el camino de Santander. Los restos de las tropas de linea, pertenecientes á la division de la Romana y al cuerpo de ejército de Galicia, huian desesperadamente por Reinosa hácia Leon. Otro destacamento emprendió la fuga con direccion á Villarcayo, en la confianza de que no encontrarian franceses hácia aquella parte. El mayor número de los insurgentes corrian á traves de los campos, despues de haber soltado los fusiles, con la firme resolucion de no volver á empuñar las armas. Esto no obstante era muy posible que recobrasen otra vez el valor con la misma facilidad que este los abandonaba; pero lo cierto es que quedaban escar-

mentados, sino para siempre, por largo tiempo al menos, y que aquel ejército de Leon y de Galicia, que se prometia cortar la línea de operaciones de las tropas francesas por Mondragon, se hallaba entonces completamente disuelto.

El mariscal Lefebvre, entretanto, habia descendido desde las montañas á la llanura por otro camino distinto del que habia llevado el mariscal Victor, y habiendo llegado á sus oidos el estruendo del tiroteo, trató de aproximarse á su colega, de quien ninguna comunicacion habia recibido. El mariscal Lefebvre llegó a un á tiempo de cubrir la izquierda de aquel; mas conociendo que no era ya necesario su apoyo, emprendió inmediatamente la marcha hácia Villarcayo, á fin de llegar cuanto antes á Reinosa. En el camino dió alcance al destacamento de Blake que se retiraba en esta direccion, y habiendo mandado á la division Sebastiani que cargara sobre él, lo dispersó, apoderóse de gran número de heridos y armas, cogió además algunos prisioneros, y el 11 por la noche llegó á Villarcayo.

El mariscal Victor se detuvo en Espinosa el resto del dia 11 y todo el 12, atendida la imposibilidad de conducir mas lejos á unos soldados que se hallaban rendidos á causa de las marchas dobles que habian hecho á través de las montañas, y los cuales estaban poco menos que descalzos, sin municiones, y faltos de viveres. Por otra parte, hallábase firmemente persuadido de que no le seria fácil alcanzar á los cinco ó seis mil hombres que le quedaban al general Blake, á causa de la celeridad de su marcha, y de la facilidad que tenian en dispersarse y disolverse. El contener, pues, á

esta fuerza, estaba reservado ó á la caballería francesa que para entonces ya se habia lanzado á las llanuras de Castilla, ó al mariscal Soult, si no llegaba demasiado tarde. El general Blake llegó el 42 á Reinosa, y desde allí se dirigió sin detenerse á la provincia de Leon por un camino áspero y montañoso.

El mariscal Soult, que habia partido el 13 por la mañana de Burgos, tropezó entre Huermece y Canduela con unos dos mil fugitivos que iban escoltando doce carros cargados de fusiles, una infinidad de bagages, y gran número de heridos, y dejando el cuidado de destruir esta fuerza á los dragones, los cuales hicieron en ella una gran carnicería, fué á dormir á media jornada de Reinosa. Al día siguiente entró en esta poblacion por la mañana, y encontró en ella todo el material del ejército de Blake, consistente en treinta y cinco piezas de artillería, quince mil fusiles, y una gran cantidad de efectos de guerra, procedentes de los ingleses. Incorporósele allí el mariscal Lefebvre, y despues de ponerse con él de concierto, emprendió la marcha hácia Santander, con el fin de dirigirse á Asturias, cuya sumision le habia sido encomendada.

Napoleon no supo á causa de la dificultad de las comunicaciones, hasta la noche del 13 al 14, la batalla decisiva dada en Espinosa el 11 contra el ejército del general Blake. A decir verdad, no habia dudado aquel ni un instante del éxito; empezaba, empero, á persuadirse con hartosentimiento suyo, de que si bien la victoria era casi segura contra los españoles, no producía los resultados apetecidos, por la suma dificultad que ofrecía el darles

alcance. En esta atencion hallabase punto menos que seguro, de que aun cuando el mariscal Soult llegase á Reinosa, no haría otra cosa que terminar la obra de la dispersion, sin lograr coger un número considerable de prisioneros. Napoleon mandó por tanto al general Milhaud, que se dirigiese con sus dragones sobre todos los caminos de Castilla la Vieja, y prescribió á las demas divisiones de la misma arma que se le incorporasen, á fin de perseguir en todas direcciones y de que acuchillasen sin compasion cuantos fugitivos pudiesen alcanzar, pertenecientes al ejército del general Blake.

Destruída, pues, la izquierda de los españoles, lo que al presente cumplía era operar contra la derecha para obtener el mismo resultado.

Napoleon ordenó, por tanto, al mariscal Victor, que despues de conceder al cuerpo de ejército de su mando el necesario reposo en Espinosa, y de asegurarse de que el mariscal Soult no tendria ya que habérselas con los dispersos, emprendiese la marcha hácia Burgos, á fin de que se reuniese, con arreglo á sus primitivas instrucciones, al cuartel general. Al mismo tiempo mandó al mariscal Lefebvre, el cual se lamentaba sin cesar de que tenia escaso número de fuerzas, puesto que habia dejado dos mil alemanes en Bilbao, y no llevaba ya consigo ni los polacos, ni la division Villatte, que fuese á establecerse en Carrión con los nueve ó diez mil infantes que le quedaban, y que aguardando allí su artillería, formase de este modo una especie de trabazon entre el mariscal Soult, que iba á recorrer las Asturias, la caballería de Milhaud, encargada de hacer una batida de insurgentes en Castilla la Vieja, y el cuartel general



que se disponia á operar desde Burgos sobre Aranda. En Carrión hallabase, en efecto, el mariscal Lefebvre á igual distancia, con corta diferencia, de Leon, de Reinosa, de Valladolid y de Burgos, y Napoleon se proponia dirigirlo sobre el camino de Madrid, ora fuese por Aranda ó por Segovia, así que el mariscal Junot llegase á reemplazarle sobre los flancos del mariscal Soult.

Considerando, pues, Napoleon que no debia tardar en reunirsele el mariscal Victor, y que con las fuerzas del mariscal Lefebvre conservaba sus relaciones con el mariscal Soult, ya no vaciló en privarse del general Ney, á fin de que éste marchase á maniobrar sobre la retaguardia del general Castaños. Quedóse por tanto en Burgos con sola la guardia y parte de la caballería, y el 14 por la mañana encaminó sobre Lerma y Aranda al valiente mariscal con las divisiones Marchand y Des-solles. Su proyecto era que el mariscal Ney se dirigiese desde Aranda sobre Osma, Soria y Agreda, para que fuese de este modo á situarse sobre la retaguardia de las tropas de Castaños, cuyo cuartel general se hallaba en Cintruénigo, entre Calahorra y Tudela. El mariscal Ney recibió orden de emprender la marcha sobre Aranda sin pérdida de tiempo, mas sin precipitacion, á fin de que llegase con su gente en buen estado detrás de una inmensa línea de caballería que iba á estenderse desde la llanura hasta el pie de los montes de Guadarrama, los cuales forman una larga cadena de cordilleras delante de Madrid, y dividen las dos Castillas.

Napoleon recomendó al mariscal Moncey que no ejecutase movimiento alguno sobre el Ebro, sino que se mantuviese dispuesto para la primera se-

ñal, á fin de que no se alarmase el general Castaños. Como ya hemos dicho, el mariscal Moncey habia reunido en Logroño la antigua division Bisson, al presente division Lagrange, la cual pertenecia al cuerpo de ejército del mariscal Ney, y despues de devolverla su artillería, la dió ademas la caballería ligera de Colbert, que antes habia pertenecido al sexto cuerpo de ejército, y á la cual habia sido agregada la brigada de dragones del general Dijeon. Esta division no tenia mas que dar un paso para reunirse al mariscal Moncey, cuyas fuerzas debian ascender con este refuerzo á treinta mil combatientes, número bastante para rechazar á Castaños y á Palafox sobre el mariscal Ney, á fin de cogelos entre dos fuegos y derrotarlos. Si esta maniobra llegaba á cuajar, el cuerpo de ejército del general Castaños, debia caer prisionero imprescindiblemente, sino todo él gran parte al menos. Mas para obtener este resultado era preciso que el mariscal Moncey se estuviese quieto, mas en actitud de moverse cuando llegase el caso, y que el mariscal Ney acelerase su marcha, de modo que lograrse caer sobre la retaguardia del general Castaños, antes que éste se apercibiese de ello. Aun cuando Napoleon estimaba en mucho al mariscal Moncey, no confiaba lo bastante, sin embargo, en la resolucion de su carácter para confiarle una mision de importancia, y en esta atencion trataba de reemplazarle con el ilustre Lannes, á quien destinaba el mando de todas las tropas reunidas sobre el Ebro, así que se hallase completamente restablecido de una caída de caballo, asaz peligrosa que lo habia retenido hasta entonces en el cuartel general. El ejército español de la derecha iba,

pues, á habérselas con Lannes y Ney; y á ser cogido y destrozado, segun todas las probabilidades, entre aquellos dos brazos de hierro. Napoleon aguardó para dar sus últimas ordenes, á que el mariscal Ney llegase á Aranda y emprendiese en seguida el movimiento sobre el camino de Soria.

Mientras que Napoleon desplegaba una actividad tan prodigiosa, calificativo que nada tiene de exagerado, si se reflexiona que así que llegó á Vitoria y proveyó al incidente de Balmaseda, había mandado al mariscal Soult sobre Burgos, y una vez dueño de esta ciudad, volvió á mandarlo contra el general Blake, y destruido que fué éste, al mariscal Ney contra el general Castaños; mientras que Napoleon, repetimos, desplegaba tanta actividad y conocimientos tan profundos contra unos ejércitos para cuya destruccion bastaba solo el atacarlos de frente, la junta central de Aranjuez, y la camarilla de generales demagogo-realistas que la rodeaban, recibieron la noticia de la derrota de los ejércitos de Blake y del marqués de Belveder con una sorpresa y una emocion tan extraordinaria, como si ninguno de estos acontecimientos hubiera podido preverse. Obedeciendo la junta á un sentimiento, sino igual al que impelia á los soldados cobardes á asesinar en la fuga á sus gefes, acusándoles de traicion, (de lo cual se verán despues nuevos y atroces ejemplos) al menos muy parecido, desistia sin piedad á los generales que llegaban á sufrir alguna derrota. Así, pues, en medio de la confusion habitual que reinaba en sus deliberaciones, declaró indigno del mando al general Blake, el mejor sin disputa de cuantos gefes contaba el ejército de Galicia, y recompensó su patrio-

tismo y su celo con una destitucion. Otro tanto hizo despues con el vencedor de Bailen, con el digno general Castaños, que era el mas sensato y el mas inteligente de todos los generales españoles, alegando el pretesto de que era irresoluto, por cuanto resistia á todas las disparatadas proposiciones de los hermanos Palafox. Cierto, que el general Castaños no era el mas osado de los generales españoles; pero en cambio miraba la situacion bajo su verdadero punto de vista, y en esta atencion opinaba, que el avanzar sobre el Ebro, como se habia decidido, era una disposicion que no podia producir mas que desastres. Comprendiendo que los franceses reunian tantas ventajas sobre este rio, como inconvenientes habian tenido en contra sobre el Guadalquivir, hubiera querido escoger para hacerles frente, ora las provincias meridionales, ora las marítimas, á fin de ofrecerles los obstáculos del clima, de las distancias y de los socorros británicos, al propio tiempo que se lamentaba de que se le obligase á hacer la guerra á los primeros ejércitos de Europa con dos divisiones andaluzas, bastante buenas si se quiere, y una masa de paisanos indisciplinados. A todos los planes de la junta Central, fundados en la mas ciega presuncion, oponia las contradicciones mas razonadas: de manera que por querer ser mas cuerdo y mas instruido que sus conciudadanos habia perdido ya su gloria y el favor de que gozara por algun tiempo. Decíase en el ejército y repetíase en Aranjuez, que en las filas españolas habia muchos traidores, y que uno de los gefes á quienes habia que vigilar con mas esmero era el general Castaños. Las cartas interceptadas por nuestros